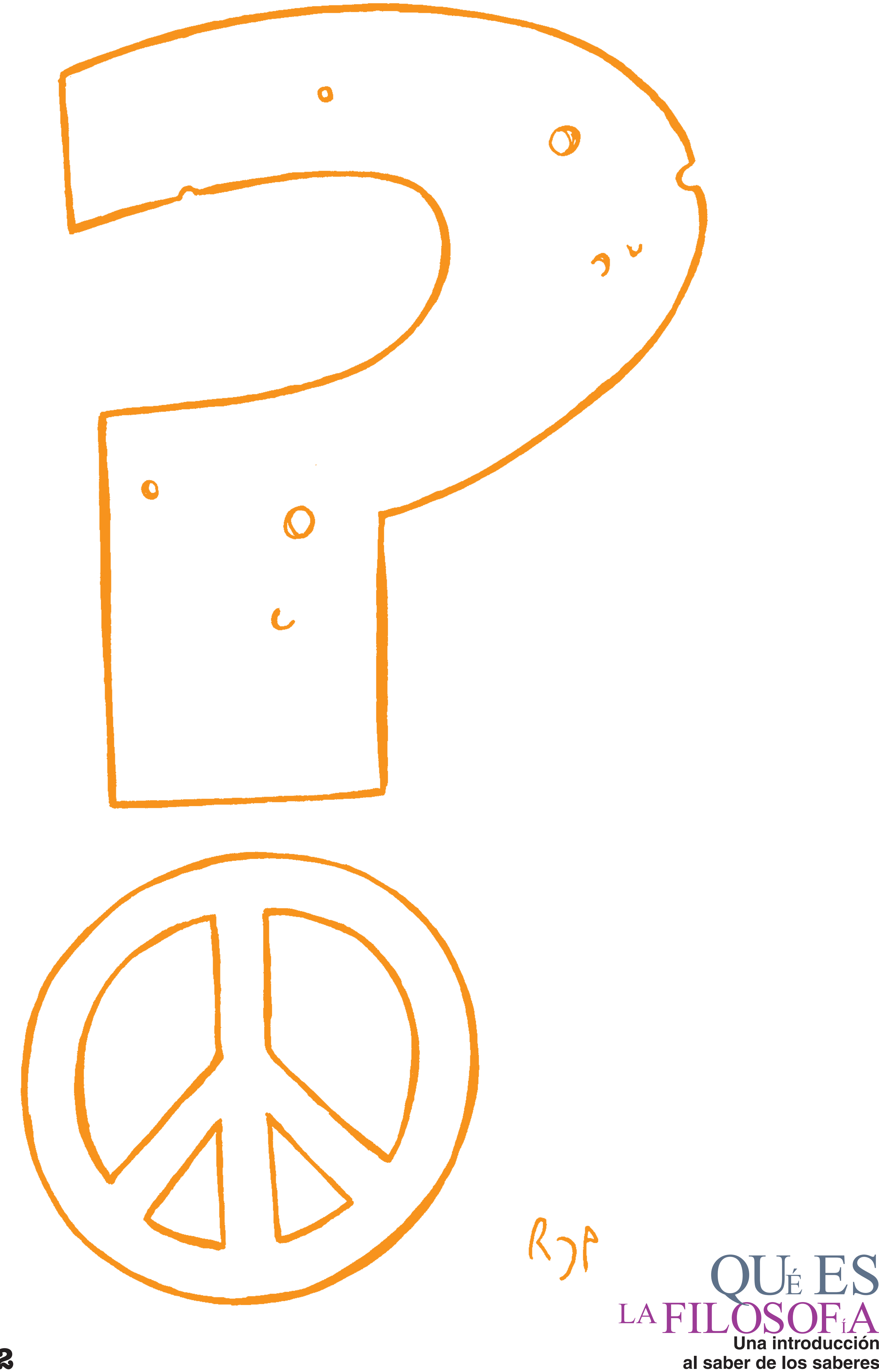
JOSÉ PABLO FEINMANN

LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

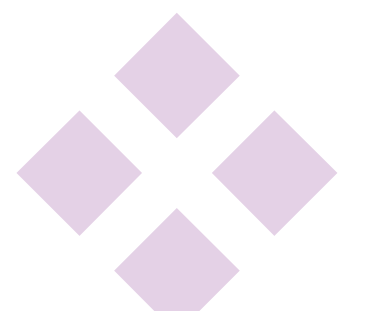
CLASE N° 12

EL "MANIFIESTO COMUNISTA" Y LA GLOBALIZACIÓN



QUÉ ES LA FILOSOFíA
Una introducción
al saber de los saberes

Suplemento especial de **Página/12**



ALTHUSSER Y LOS “MANUSCRITOS DEL 44”

Desde el inicio, una disculpa. No voy a poder detenerme en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Se trata, sin duda, de uno de los más importantes textos de Marx. De aquí que no quiera hacerme el distraído sobre el hecho de no tratarlos aquí. Conjeturo que los habré de usar más adelante, al tratar el tema del *humanismo*. Baste por ahora saber que fue uno de los textos escamoteados por la burocracia soviética y que tardíamente se conocieron. Aquí llegaron por primera vez en una edición preparada por el más endeble de los frankfurtianos, también exiliado en Estados Unidos, y escritor exitoso de libros como *El miedo a la libertad* o *El arte de amar*. Me refiero a Erich Fromm. Fromm, en 1961, editó *Marx's concept of man*. El libro lo editó luego Fondo de Cultura Económica como *Marx y su concepto del hombre*. Era una edición incompleta, pero fue bienvenida su llegada en 1962, bastante rápido según verán. Los *Manuscritos* tuvieron mala fortuna en manos de Louis Althusser quien, ya en el primer tomo de *Lire Le capital*, aparecido en 1965, acompañado por trabajos de Jacques Rancière y Pierre Macherey, miembros de su equipo de estudios, condena a los textos de 1844 como correspondientes a la etapa *humanista* de Marx, etapa a la que Althusser considera anterior a la etapa madura y científica. Siempre que un marxista venga a hablarles de la “ciencia” de Marx desvíen su camino. Althusser, quien cae en un positivismo antihumanista, distingue, precisamente, entre un Marx *ideológico* y un Marx *científico*. El Marx ideológico será el *joven Marx* y la expresión acabada de ese extravío serán los *Manuscritos* de 1844. La cumbre del Marx científico será, adivinaron, *El capital*. La cuestión era embestir contra el *humanismo* y poner la estructura en la centralidad. Todo se decide *en* la estructura. No vamos a entrar todavía en la deconstrucción de Louis Althusser y su antihumanismo, pero no puedo evitar dirigirle una frase contundente de mi amigo el notable filósofo Rubén Ríos: “La estructura, entonces, al explicar todo, no se explica a sí misma” (Rubén Ríos, *Ensayo sobre la muerte de Dios, Nietzsche y la cultura contemporánea*, Biblos, Buenos Aires, 1996). Hay cosas todavía más graves que ocurren con Althusser. No logra explicar la *diacronía* entre las estructuras, es decir, el pasaje de una estructura a la otra, con lo cual estaríamos ante un marxismo inmovilista.

Todo esto, lo dije ya en más de una ocasión, proviene de la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger, que, en primera instancia, figura como respuesta a la conferencia *El existencialismo es un humanismo* de Sartre. En su texto, Heidegger saca al hombre de la centralidad (al menos como el *ahí* de la pregunta por el Ser) y pone en su lugar al lenguaje, en cuya morada pone al Ser, y del hombre hace un pastor. Estas fórmulas que Habermas califica como proto-sacras tendrán una honda influencia en la ideología francesa, sobre todo al expresarse, de un modo más que contundente, en la, cómo no, espectacular fórmula de Foucault “el hombre ha muerto”. Se trataba de la “muerte del sujeto”, que Heidegger ya venía practicando desde que embistió contra el sujeto cartesiano, *pero convengamos que proponer la muerte del hombre cuando se lo mata en todas partes no parece, políticamente al menos, muy apropiado.*Ya veremos esto en Foucault, en *Las palabras y las cosas*, sobre todo en el pasaje en que analiza el cuadro de Velázquez, *Las meninas*. Foucault fue cambiando estos puntos de vista y su obra es sin duda valiosa. Sus conferencias en el Collège de France de 1977 y 1978 elaboran los temas de la subjetividad desde una perspectiva que, no dudo en afirmar, lo acerca al Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica*. Aunque no hay por qué no decirlo: Foucault o no Foucault, la propuesta de “la muerte del hombre” en un mundo de asesinos suena a gesto irreverente y hasta irresponsable de nueva estrella de la filosofía. Aquí fue muy fríamente recibido ese libro (*Las palabras y las cosas*) dado que en 1967, 1968, 1969 a nosotros nos interesaba la praxis revolucionaria y nos atraía infinitamente más la propuesta guevariana del *hombre nuevo* que la propuesta del nuevo príncipe de la filosofía francesa del *hombre muerto*. Sé que foucaultianos irritados dirán que Michel proponía la muerte del hombre como sujeto de la representación, tal como lo hacía Heidegger en *La época de la imagen del mundo* (texto incluido en *Caminos de bosque*). Señores, las palabras tienen su peso: para nosotros, aquí, en la Argentina, que nos vinieran a hablar de “la muerte del hombre” cuando restaban un par de años para la matanza de Trelew y apenas unos años más para la dictadura de Videla tenía un aroma algo macabro. Recién Foucault tiene recepción entre nosotros con *Vigilar y castigar*. Era razonable: ese excelente trabajo sobre las prisiones hundía sus raíces en un pueblo en prisión.

(Recomiendo, aunque no los trate por el momento, la fervorosa lectura de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Se puede lidiar con ellos y más que bien. Su lectura es un placer. Hay una edición de Alianza Editorial. Pero mi predilecta es reciente y espero que sea la de ustedes: es la de Colihue-Clásica. Tiene traducción y notas de Fernando Aren, Silvina Rotemberg y Miguel Veda y una extensa introducción de este último.)

LA BURGUESÍA GLOBALIZADORA

Entramos en el *Manifiesto comunista*. Pero no evitemos una reflexión que merece ser hecha. ¿Qué sospechan ustedes le habrá ocurrido al joven Marx cuando leyó en la *Fenomenología del espíritu* del joven Hegel el capítulo del señorío y la servidumbre? ¿Será muy vulgar decir que le reventó la cabeza? Ahí había *tanto* de lo que habría de tramar su pensamiento. Ese *esclavo* que, sometido a su *amo*, trabajando para él, descubría su libertad al modificar, por medio del trabajo, la *cosa*, ese trabajo formativo *(Bildung), ese esclavo que superaba su condición de tal y terminaba siendo el artífice de la historia humana ha de haber seducido hondamente al joven Marx*. ¿Necesitaba Marx “poner de cabeza a Hegel” según afirma una conocida vulgata? Marx sabía cómo leer a su maestro, en qué seguirlo y en qué no. Nietzsche leerá a Hegel de otra manera. De una manera tal que habrá de tomar partido por el Amo y elaborará el concepto de *Moral de los amos*, que habrá de ser axial en su filosofía. Marx toma de la actitud formativa del esclavo la supremacía que éste habrá de lograr sobre la historia. Si el Amo queda condenado al ocio, será el Esclavo quien habrá de dinamizar la historia humana y llevarla a una resolución, superando a los Amos.

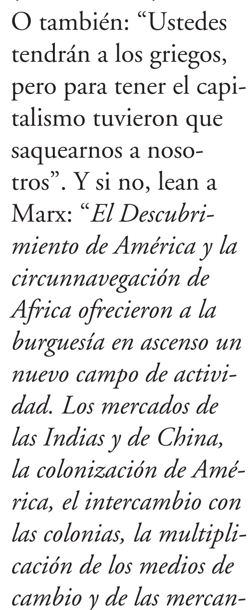
Marx era un filósofo, un estudioso solitario y obsedido por las materias que abordaba. Esto le impedía tener una praxis material. Vale decir, le impedía una militancia en alguna de las fracciones comunistas que empezaban a formarse en los primeros treinta años del siglo XIX. No obstante, se acercó a la Liga de los Justos. Esta Liga se dio una organización más sólida en el verano de 1847 y se dio, también, otro nombre: *Liga de los comunistas*. Se propusieron: “derrocar a la burguesía, implantar el gobierno del proletariado, poner fin a la vieja sociedad que descansa en la contradicción de clases (*Klassengegensaiitzen*) *y establecer una nueva sociedad sin clases ni propiedad privada*” (Eric Hobsbawm, *El “Manifiesto comunista”*, en *El “Manifiesto comunista”: su actualidad*, Grupo Editor Tesis Once, Buenos Aires, 2003, p. 33. La ponencia de Hobsbawm tiene valor especial porque se realizó en 1999 con motivo de los 150 años del *Manifiesto comunista*). El documento que resultó del encargo fue de veintitrés páginas. Curioso modo de exposición: olvidé decir que la Liga de los Comunistas fue la que encargó a Marx y Engels la redacción del *Manifiesto*. Se publica en febrero de 1848. Se imprime en la *Asociación Educativa de los Trabajadores*, en la ciudad de Londres. Se trata (dice Hobsbawm, atinadamente) del escrito político más decisivo desde la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*. “Tuvo (escribe Hobsbawm) la buena suerte de salir a la calle sólo una semana o dos antes del surgimiento de las revoluciones de 1848, que se propagaron como un fuego de bosque desde París por todo el continente europeo” (*Ob. cit.*, p. 34). Es importante tener en cuenta este hecho: Marx vive en un siglo de revoluciones y viene de otro que, no hace mucho, acaba de hacer la más grande revolución de los tiempos modernos, de cuya ala extrema, la de la Convención, Marx se siente un heredero. Esto explica su temple nunca debilitado, nunca marchito. También explica su tendencia a la profecía, hija de un optimismo histórico que encontraba raíces materiales en el avance de las masas. Ese avance de las masas era real, tan real que habría de deprimir seriamente a Nietzsche, que no se engañaba en tal cuestión. A Nietzsche y a otro habitante de Europa, no un filósofo, sino un estanciero argentino, caudillo popular, exiliado en Southampton: Juan Manuel de Rosas. Y a Miguel Cané. Y a Tocqueville. La “ola roja” amenazaba a la culta y tradicional Europa y, si bien algunos se erizaban ante su presencia, otros, como Marx, se henchían de esperanzas y creían que el triunfo del proletariado no estaba lejos, y más aún: que era inevitable. Tal como lo dice en el *Manifiesto*.

Desde la aparición del libro de Marshall Berman nuestras elites han leído, desde ahí, el *Manifiesto*. El libro de Berman (*Todo lo sólido se desvanece en el aire*) insiste en un aspecto que solía incomodar a ciertos marxistas jurásicos, que los hay a montones: esa apología que Marx hace del papel revolucionario que la burguesía ha jugado en la historia. Así las cosas, Berman, modificando la frase de Marco Antonio sobre César en el drama de Shakespeare, dice que Marx no ha venido a enterrar a la burguesía sino a alabarla. Nosotros vamos a tomar ese aspecto que resalta Berman, pero, paralelo a ése, hay otro que tal vez nos interese más: *El del papel globalizador de la burguesía*. Marx es, en rigor, quien más claramente ve que la burguesía necesita, para existir, un mercado mundial y que con ese fin, el de construirlo, se consagra a una tarea de globalización. Marx no utiliza esta palabra de nuestros tiempos, pero no es necesario. La burguesía, lo hemos señalado ya, es una clase globalizadora. Los burgos, contrariamente a los feudos, se *abren* como flores voraces y se comunican, por medio del comercio, unos con otros. Luego se unen, forman naciones y se expanden en busca de mercados y colonias. Marx habrá de apoyar, *dialécticamente*, este proceso.

EL “*MANIFIESTO*” Y LA DIALÉCTICA HEGELIANA

Voy a hacer una exposición –intencionada, el que avisa no es traidor– de la primera parte del *Manifiesto*. Mis intenciones son varias y se irán poniendo en claro no bien aparezcan, dado que no son oscuras. Esta primera parte lleva, célebremente, el título de *Burgueses y proletarios*. Entramos, pues, en el más grande manifiesto político de la modernidad. El pequeño prólogo del texto refiere a Shakespeare. La idea de *fantasma* la toma Marx de *Hamlet*. “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo” (La pequeña edición con que pienso manejarme es parte de una colección de “manifiestos” o “libros rojos” o resúmenes de grandes libros como *La riqueza de las naciones* o selección de textos golpistas de Leopoldo Lugones o revolucionarios de Ernesto Guevara que instrumentó el escritor Juan Martini en un breve, fructífero paso que tuvo por la Editorial Perfil. Conjeturo que este pequeño libro es, hoy, aún, el más accesible que hay del *Manifiesto*. La traducción es, desde luego, la del Tomo I de las *Obras escogidas* de Marx y En-

gels hecha por el Estado Soviético para las Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955. Es la que yo tengo, pero hoy es inhallable. Aquí, el texto de Marx se extiende de la p. 21 a la 55. En la de Perfil tiene unas 77 páginas. La original, de La Liga de los Comunistas, andaba en las treinta. Quiero mencionar que, aunque el *Manifiesto* está firmado también por Engels, su autoría corresponde por entero a Marx.) Volvemos, pues, al fantasma. ¿Qué hace? Recorre Europa. Lectura de este hecho: toda Europa reconoce la existencia del comunismo y le teme. En suma, es hora –dice Marx– de que "los comunistas opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido" (Marx, Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Perfil, Libros Básicos, Buenos Aires, 1997, p. 10). Se inicia luego la primera parte: *Burgueses y proletarios*. Su frase inicial es tan célebre como la del fantasma: postula que la historia de las sociedades ha sido hasta "nuestros días" la historia de la lucha de clases (*Ibid.*, p. 13). Pero Marx no está dispuesto a perder el tiempo. De las clases que han existido sólo le interesa la que ahora está en su esplendor, la que ha hundido a todas y ha desencadenado un vértigo histórico *demoníaco*. Berman, interpretando esto, cita en el comienzo de su análisis a Goethe: "Soy el Espíritu que todo lo niega", dice Mefisto. Pero la fuente real del demonismo del *Manifiesto* está en otro texto del romanticismo germánico. Lo conocemos: es el gigantesco *Prefacio* a la *Fenomenología* hegeliana. Todo lo que de destructiva habrá de exhibir la burguesía deslumbrará a Marx porque antes Hegel, y desde la dialéctica, había identificado a lo negativo con la destrucción y la muerte: "Pero la vida del espíritu no es la vida que se asusta ante la muerte y se mantiene pura de la desolación, sino la que sabe afrontarla y mantenerse en ella. El espíritu conquista su verdad cuando es capaz de encontrarse a sí mismo en el absoluto desgarramiento. El espíritu no es esta potencia como lo positivo que se aparta de lo negativo (...) sino que sólo es esta potencia cuando mira cara a cara lo negativo y permanece cerca de ello. *Esta permanencia es la fuerza mágica que hace que lo negativo vuelva al ser*" (Hegel, *Ob. cit.*, p. 24. Sé que he citado este texto pero necesito recordarlo aquí). No es por Goethe, no es por el *Fausto*, no es por Mefisto que Marx se deja seducir por la capacidad destructora de la burguesía, sino por Hegel. Es en Hegel donde encuentra la fuerza motora de la destrucción como elemento central de la historia, como capacidad esencialmente revolucionaria de la burguesía. Marx fue un gran hegeliano de izquierda. Fue más allá de Hegel en lo que tuvo que ir. Pero, dialécticamente, es su más genial discípulo. Afirmemos, pues, al margen de Berman, que lo demoníaco Marx lo encuentra en Hegel y que es de Hegel de donde toma el método que hará de la burguesía el momento negativo de la dialéctica histórica. Hasta, al menos, el surgimiento del proletariado. Pero atención: el proletariado nace *de* la burguesía, su negación será sobre ésta pero sólo cuando ésta haya triunfado y haya hecho madurar, con su triunfo, a su enterrador dialéctico. Me estoy adelantando. No es que no sea conveniente porque nos hace palpitar lo que viene, pero hay que saber volver a dónde estábamos. Hasta aquí, en lo esencial, tenemos: es por su condición de pensador dialéctico, de gran discípulo de Hegel, que Marx le adosa a la burguesía las virtudes de la negatividad (destrucción, demonismo, desgarramiento).

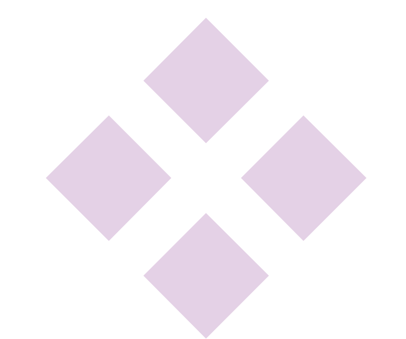


LA BURGUESÍA REVOLUCIONARIA

No es casual que el *Manifiesto* se haya leído poco en su época. Marx resulta deslumbrante para nosotros y el *Manifiesto* se agiganta a la luz de la *fuerza mágica* y de los *desgarramientos* hegelianos. Pero, ¿no se habrán defraudado (al menos un poco) los compañeros de La Liga de los Comunistas ante tamaños elogios, *dialécticos*, hacia la burguesía? Al cabo, tampoco es casual que la ortodoxia soviética nunca insistiera en estos pasajes. Imaginen brevemente a los militantes de la Liga mirando las pruebas de imprenta de las primeras páginas del *Manifiesto* y preguntándose: "¿Qué le pasa al compañero Marx con la burguesía? ¿Por qué le dedica tanto espacio? ¿No le encargamos un manifiesto comunista? Esto parece un manifiesto burgués". En fin, ya saben: si no fue así, así debió haber sido.

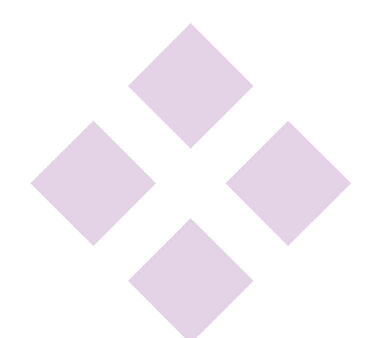
Nuestra época, dice Marx, se distingue por haber llevado al extremo la simplicidad entre las contradicciones de clases. Ese extremo es tal que mantiene de la contradicción apenas lo necesario, pero férreamente planteado. Una contradicción requiere dos polos. Marx los encuentra y los plantea, *irreconciliables*: la *burguesía* y el *proletariado*. Y aquí, si de confesiones se trata, Marx me regala un texto que en tanto filósofo periférico, en tanto subpensador de un subcontinente que practica una subfilosofía que ni se atreve a llamar *nacional*, nos permite decirles a los orgullosos europeos: "Señores, sin nosotros, *nada*". O también: "Ustedes tendrán a los griegos, pero para tener el capitalismo tuvieron que saquearnos a nosotros". Y si no, lean a Marx: "*El Descubrimiento de América y la circunnavegación de Africa ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de las Indias y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación, a la industria, un impulso hasta entonces desconocido, y aceleraron con ello el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición*" (*Ob. cit.*, p. 15. Las jubilosas cursivas me pertenecen). Se trata de la tan meneada "globalización" de nuestros días. El capitalismo es, por esencia, globalizador. Marx, en textos de *El capital*, volverá sobre la cuestión. Pero observemos –para nuestro íntimo deleite– que lo primero que señala como *despegue* del capitalismo es "el descubrimiento de América". Y más aún: "La gran industria ha creado el mercado mundial, *ya preparado por el Descubrimiento de América*" (*Ob. cit.*, p. 16. Cursivas nuestras). Es el mercado mundial el que acelera "prodigiosamente" el desarrollo del comercio. Hay aquí una relación fecunda y, digámoslo, dialéctica: el comercio requiere un mercado mundial, en tanto se realiza lo constituye, pero en tanto el mercado mundial se constituye dinamiza al comercio. De esta forma, Marx llega a su contundente axioma: "La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario" (*Ob. cit.*, p. 17). He aquí la incómoda simetría: *burguesía = revolución*. La revolución que hace la burguesía es la de destrozar todas las relaciones del mundo feudal o semifeudal. Sigue Marx: "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción (...) Una revolución continúa en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de las anteriores" (*Ob. cit.*, p. 19). Imaginen el entusiasmo que genera esto en un genuino y apasionado dialéctico como Marx. ¿Qué es la dialéctica? Recuerden a Hegel: "El automovimiento interior de la cosa". La "cosa" es la historia. ¿Qué es, para Marx, lo que mueve interiormente la "cosa"? ¿Cuál es la "incesante conmoción", la "inquietud", el "movimiento constante"? La burguesía. ¿Cómo no habría de ser "globalizadora" esta clase? Lo es porque totaliza, superándolas, todas las viejas totalizaciones que pasan a ser totalizaciones devenidas, totalizaciones destotalizadas por la nueva totalización de la burguesía. La burguesía destotaliza todas las viejas totalizaciones y las retotaliza totalizándose a sí misma y superándolas (*Aufheben*). Acabo de usar el lenguaje del gran texto dialéctico de Sartre. ¿Qué podríamos decir desde el horizonte categorial de la *dialéctica negativa* de Adorno? La burguesía *es* la *dialéctica negativa*, nunca concilia, nunca clausura el horizonte histórico, destruye y destruirá hasta generar su propia negación, su propia destotalización, pero aún no hemos llegado a esto. Por ahora, la burguesía es la fuerza dialéctica que niega todo lo consagrado, lo establecido, lo viejo.

Sigue Marx: "Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. *Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes*" (*Ob. cit.*, p. 19) La burguesía tiene *hambre de globalización*. ¿De qué necesita? Del mundo periférico. No hay burguesía sin expansión imperial. ¿Cómo podría este ímpetu demoníaco saciarse con la escueta Europa? No, la burguesía se arroja sobre todos los rincones de la tierra.



LATERALIDAD: PIRATAS, FILIBUSTEROS, CORSARIOS Y CAPITALISMO

La palabra arrojo ("la burguesía se arroja") bien puede llevarnos a la palabra "abordaje" y la palabra "abordaje", qué duda cabe, traerá a nosotros a los filibusteros de los siete mares. Los piratas, esos seres azarosos y heroicos o crueles, que dan y quitan la vida en tumultos sin retorno, esos seres que hemos amado en el cine y que todavía sacuden la imaginación de las nuevas generaciones entre perlas negras y maldiciones, fueron parte esencial del proceso de acumulación capitalista. Otra vez, por qué no, voy a recurrir a un texto mío en una lateralidad. En mi libro *El cine por asalto* (que tiene casi tanta filosofía como éste, pero tiene mucho más cine) mi prosa vagaba describiendo a ciertos piratas de hoy: el *Captain George W. Bush*, por ejemplo. Pero no le encontraba demasiado glamour; lo veía tosco, excesivamente brutal, esgrimiendo misiles nucleares y no livianas y vertiginosas espadas. Piratas eran los otros. Los que hicieron el capitalismo. Los que se arrojaban sobre los perezosos galeones españoles y los limpiaban de cabo a rabo. ¿Por qué España no tuvo piratas? Porque no tuvo capitalismo. Desde el siglo XV en adelante España se entregó a la conquista y al goce. Y el capitalismo es enemigo del goce. Donde hay goce no hay producción (no hay trabajo), y donde no hay producción no hay capitalismo. Desde Colón hasta el ampuloso Felipe II, España es una potencia traslativa. No produce. Sólo lleva algo de un lugar a otro. Para eso tiene barcos, *galeones*. Para llevar el oro de América al Imperio en que nunca se pone el sol. El sol de Felipe II era el oro. Era el oro el que iluminaba su Imperio. ¿Para qué usaban los españoles el oro? ¿Creaban industrias, ciudades, máquinas de vapor, proletarios? Ni sabían qué era eso. Las mercaderías las compraban en Inglaterra. Y eran todas opulencias de grandes señores ociosos. Y era para el desarrollo incontenible de la opulencia real que se traían el oro desde las Indias. Qué pereza histórica. Qué ociosidad. Qué amor por el goce infecundo. Si por Es-



paña fuera la Historia aún se dirimiría entre cortesanos, terciopelos, carruajes, algunos cañones y marqueses con pelucas ridículas. Los piratas les arruinaron la fiesta. Errol Flynn, Tyrone Power, Sterling Hayden, Louis Hayward, Robert Newton y hasta Geena Davis y Johnny Deep. Ahora les voy a hablar de Enrique Silberstein. Que no era pirata, sino economista. Y un tipo fantástico. No lo conocí pero creo que leí casi todas las líneas que dio a la imprenta. Escribía en *El Mundo* y luego en *La Opinión*. Sus notas sobre Vietnam eran deslumbrantes. Era de esos economistas que escriben para que los entiendan. O sea, para no engañar. En 1969 publicó un librito brillante (...) Se llamó: *Piratas, filibusteros, corsarios y bucaneros* (Editorial Carlos Pérez, 1969). Entréguense al goce de leer a Silberstein, que no es el de los galeones españoles, ese goce estéril, gordo, sino el de la lucidez, el del espectáculo de la inteligencia. "Los filibusteros (y los piratas) fueron la cuña que introdujo Inglaterra (o mejor dicho, sus empresarios) para ser los beneficiarios directos de los resultados de los descubrimientos de los españoles y los portugueses (...) Robar a los barcos españoles y transportar esclavos negros era la finalidad de los piratas y de los filibusteros. La ganancia obtenida por ambas actividades fue de una magnitud tal que el capitalismo nació casi solo. La enorme acumulación de capital que se produjo gracias a esas actividades llevó a la revolución industrial, a la creación de las instituciones básicas del capitalismo superior (bancos, bolsa de comercio, acciones, etc.), y al planteo de teorías que luego resultaron básicas en el estudio de la Economía" (*Ibid.*, pp. 22/23).

Donde se luce Silberstein es en los pasajes en que establece la relación entre el filósofo del liberalismo económico John Locke y el sanguinario (éste sí que lo era, fue acaso el peor) filibustero Henry Morgan. Ilustremos un poco por nuestra cuenta el hallazgo de Silberstein.

De un diccionario cualquiera: John Locke, (1632-1704): "Filósofo y político británico que está considerado como uno de los iniciadores de la Ilustración en Inglaterra".

Del "Diccionario de Filosofía" de Ferrater Mora: "Su filosofía política, especialmente tal como fue expuesta en el segundo tratado sobre el gobierno (el llamado *Ensayo sobre el gobierno civil*), influyó grandemente en la formación de la ideología liberal moderna".

De un librejo de Mariano Grondona cálidamente llamado "Los pensadores de la libertad": "Ellos están en la base del pensamiento contemporáneo en política y economía, sobre todo en los países europeos y anglosajones que han logrado el desarrollo (...) Con John Locke empieza esta línea de pensadores. Todo gran pensador, como los grandes músicos, es la cima de una cordillera. En el siglo XVIII hubo muchos como Mozart. Eso sí: sólo hubo un Mozart".

Del libro de Enrique Silberstein: "Cuando Morgan gobierna Jamaica, las instrucciones acerca de cómo gobernarla fueron escritas por el filósofo John Locke, quien se las entregó al Gobernador" (*Ibid.*, p. 42).

De otro diccionario vulgar: "Henry Morgan (1635-1688). Pirata inglés. Fue almirante de los bucaneros por elección popular entre ellos. Sus servicios a Inglaterra le merecieron el título de Gobernador de Jamaica. Asaltó las costas de Cuba, Venezuela y otras regiones del Caribe. Personaje muy temido por los españoles. Logró alcanzar el rango de Caballero del Reino".

Esta unión de Locke y Morgan (aunque incomodará a algunos) no debe interpretarse como ese viejo vicio de los escritores anticapitalistas por demoler honras ajenas o, por decirlo más claramente, honras burguesas. Marx (¿o no lo estamos y seguiremos viendo?) admiraba hondamente a la burguesía y todo el que haya leído (que es lo que estamos haciendo) el *Manifiesto* sabrá que el Gran Cabezón admiraba el espíritu fáustico del capitalismo que no se detenía ante nada y todo lo destruía. Parte de ese espíritu fáustico fueron los piratas, los bucaneros, los corsarios. Le quitaron el dinero al goce y se lo dieron a la producción. Hicieron avanzar la historia. Al lado de un galeón, un bergantín pirata era el progreso histórico. Un galeón era reaccionario: sólo llevaba oro para los ociosos de las cortes españolas. Los bergantines piratas derivaban ese oro a la bolsa de Londres. A la Revolución Industrial. Eran el avance de la historia. Generaban trabajo. Creaban proletarios. Sindicatos. Ideologías. Huelgas. La Comuna de París. Que, luego, la historia se haya fosilizado y los piratas de hoy sean unos miserables que acabarán por destruir el planeta, no desde los bergantines, sino desde las finanzas, es otra historia. La nuestra –la que aquí quisimos contar– es diferente. Es la del espíritu de aventura contra la rapiña soñolienta. Es la de un sistema económico que está surgiendo y desborda imaginación, rapiña, pragmatismo, indecencia y criminalidad. El capital, decía Marx, viene al mundo chorreando sangre y lodo. ¡Y claro! Si lo trajeron los piratas.

No es casual que Hollywood (esa cumbre del capitalismo) los haya amado. Pero no sólo por sus contribuciones al desarrollo del capital comercial e industrial, sino porque hicieron lo que hicieron entre el coraje, la osadía, la metralla, el riesgo y el desdén por la muerte. No siempre un sistema económico se combina con la aventura, el azar, el viento, las borrascas y las islas desiertas con tesoros recónditos. ¡Tantas cosas nos dieron los piratas! Nos dieron a Salgari y a Stevenson. Y la isla de Tortuga, los tesoros enterrados, los mapas trazados con sangre sobre una camisa desgarrada y en ella una cruz que indicaba dónde estaba el cofre con piedras preciosas, doblones y joyas que se habían quitado a algún galeón español. Y nos dieron palabras, muchas y nuevas y sorprendentes palabras: barlovento, palo mayor, proa, popa, trinquete, latitud norte, latitud sur. Y esa tabla tendida sobre las aguas infestadas de tiburones y el infeliz, con la espada en la espalda, arrojado hacia su muerte inapelable. Y las islas, y las penínsulas: las Molucas, Sumatra, Java (¡"Rumbo a Java" con Fred Mac Murray!), Macao (con Robert Mitchum y Jane Russell), Borneo, Ceilán, Bengala, el Cabo. Y todas esas mercaderías exóticas, esos nombres que uno leía o escuchaba en las pelis: nuez moscada, madera de sándalo de Timor y las Célebes, la pimienta y el jengibre, el alcanfor, el ébano, el estaño, oro en polvo, diamantes de Borneo y de Sumatra, el índigo, el azúcar, el ron, el tabaco de Java, la canela de Ceilán, el opio, la seda, el algodón de Bengala. Cuánto.

"Lo que no nos contaban esas novelas (insiste Silberstein), era que los corsarios y los filibusteros que peleaban en el mar de la China, que desembarcaban en Java, que se emborrachaban en Borneo, que amaban en Ceilán, eran empleados de las Compañías Holandesas o de las Compañías Inglesas. Que cada disparo de cañón que hacían había sido pagado por una sociedad anónima, que cada miembro que perdían era convenientemente indemnizado, que cada herida que recibían tenía el pago correspondiente" (*Ibid.*, 34). Es posible. De chicos no lo sabíamos. Crecer es –entre otras cosas– el trabajoso arte del desengaño. Pero seguir vivos es no olvidar ni renegar de nuestros asombros tempranos. Si les parece. También, si les parece, diremos que esta incursión entre las aguas borrascosas de la piratería fue una manera de acompañar la visión de Marx en el *Manifiesto*. Pareciera que también nosotros, por medio de la fascinación por los piratas, nos hemos sumado a la alabanza de la burguesía y hemos desistido de su entierro. Una cosa no implica la otra. Convengamos –además– que la burguesía se resiste tenazmente a ser enterrada y que –ahora, gracias a Enrique Silberstein– sabemos cómo John Locke y Henry Morgan lucharon codo a codo por la gloria de Inglaterra, la nación con el más poderoso desarrollo capitalista de la tierra, al menos aún en 1867, cuando Marx publica *El capital* luego de haber tomado como objeto de conocimiento a la isla de Tortuga, digo, perdón, a las islas británicas y a Manchester y a Liverpool, precisamente por el desarrollo exhaustivo que el sistema había explicitado en ellas. Debíamos, por otra parte, hacer justicia a los piratas, dado que en el *Manifiesto* Marx no los menciona; sí en *El capital*, donde no se le escapa nada.

EL "*MANIFIESTO*" Y EL "FACUNDO"

Marx, entre las virtudes revolucionarias que le descubre a la burguesía, eleva al éxtasis el papel *civilizatorio* que cumple en todas las comarcas *atrasadas* del planeta. *Planetarizándose, la burguesía lleva la civilización a todos los rincones, aun los más remotos, en que todavía pervive la barbarie.* Escribe: "Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras" (*Ob. cit.*, pp. 20/21). Señala luego algo indudable: el bajo costo de las mercaderías de la burguesía arruina todas las economías autónomas de los países atrasados, proceso que Marx ve valorativamente pues visualiza en la expansión de la burguesía la condición de posibilidad de surgimiento del proletariado. Escribe: "La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad (...) sustrayendo a una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente" (*Ob. cit.*, p. 21). Si en el texto precedente reemplazamos "burguesía" por "civilización" bien podría haber sido Sarmiento quien lo escribiera. Salvo que Sarmiento lo hizo antes: el *Facundo* es de 1845. Esta fascinación de Marx por el papel destructor de las viejas formas históricas lo llevó a avalar todas las empresas de la burguesía. La dialéctica le jugaba una mala pasada. El encuadre era: planetarización de la burguesía, instauración de las modernas relaciones de producción capitalistas = surgimiento del proletariado revolucionario. Surgimiento del proletariado revolucionario = condiciones creadas para la revolución socialista. Por el contrario, la penetración de la burguesía en los países periféricos implicó en éstos el desarrollo de un capitalismo oligárquico, esclavo del monocultivo, sometido al poder de los países centrales, atrasado en su desarrollo económico, siempre sometido al deterioro (en su perjuicio) de los términos de intercambio y progresivamente endeudado con los banqueros de las metrópolis. ¿Qué proletariado revolucionario iba a engendrar semejante "burguesía"? Como dije, no voy a tratar este tema a fondo aquí. Algunos creen que Marx se equivocó en su enfoque sobre el tema colonial sólo en dos conocidos artículos sobre la India y que solucionó todo en una carta a una integrante de la comuna rural rusa al final de su vida. No es así. No son sólo dos artículos, son muchos más y forman un entero corpus. Fueron publicados en un libro de 415 páginas por Ediciones Estudio bajo el título de *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, en 1964. Pero Marx es muy claro sobre este tema. No es casual el desagradable retrato que hiciera de Bolívar. Lo casual sería en todo caso lo otro. La carta a Vera Zassoulitch abre algo el panorama, pero de modo insuficiente. Marx siguió fiel a lo planteado en el *Manifiesto*. Y también así lo leyó la izquierda argentina. Lo cual terminó por construir el mito absurdo de un Mitre burgués conquistador.

Continuaremos algo más con el *Manifiesto* y luego nos deslizaremos a las aguas torrentosas de *El capital*. El capítulo sobre el fetichismo de la mercancía, además de exhibir en plenitud el genio de Marx, nos llevará a los fundamentos de la gnoseología marxista.

el próximo domingo
CLASE N° 13
MARX, "EL CAPITAL"